

UN RELATO DE CINE

Luis Junco

Hace unos meses me vi sorprendido con la llegada de una abultada carta que remitía Andrés Doreste Busquets, antiguo condiscípulo del Colegio de los Jesuitas y hoy día afamado médico psiquiatra de reconocido prestigio. El motivo de mi sorpresa era doble, pues por una parte, mi relación con Busquets nunca había sobrepasado los límites del habitual trato entre alumnos del mismo curso, y por otra, porque esa relación había tenido lugar hacía más de veinte años.

Estimado amigo:

Sin duda se habrá usted sorprendido al recibo de ésta, cuyo remitente sólo esgrime como única licencia el compartimiento de unos años en las viejas aulas jesuitas y por cuyo atrevimiento pide anticipadas disculpas. En cualquier caso, al tiempo que pongo fundadas esperanzas en que las líneas que siguen susciten algo más que su interés, llamo en mi descargo a un destino que quiso que, al retomar en mi desordenado estudio su último libro de relatos, cayeran de la estantería las cuartillas de un antiguo caso que en su día exigió de mí un algo que sólo ahora, en la conjunción de estos hechos ¿fortuitos?, se me ha hecho patente y claro. No tengo la menor duda: el relato de los hechos de los que de aquí en adelante hago torpe relación exigen de la habilidad y el don de la escritura que, estando para mí vedados, tienen en usted el nombre propio que el inesperado destino ha deparado.

Después de haber leído con un creciente interés la extensa carta de mi recuperado amigo, he considerado que no sólo ha sobreestimado mis méritos, sino que en la misma medida ha subestimado los suyos. Y tanto es así, que he decidido transcribir literalmente su carta, sin que por mi parte no haya habido más que unas pocas correcciones en algunos puntos y comas y en las sustituciones de algunos términos que, quizá equivocadamente, he considerado un tanto anticuados.

El sujeto del citado caso - aspirante a héroe en uno de sus próximos relatos - se llama Roberto Pisani, individuo de unos veintisiete o veintiocho años en la actualidad, cuya ascendencia italiana, como ya habrá adivinado por el nombre, se denotaba tanto en sus facciones hermosas y regulares y profundos ojos negros, como en su carácter apasionado y soñador, de una ingenuidad sincera y arrebatadora. De ahí que no le sorprenderá saber que una de las principales características en la personalidad de Pisani - y que le adelanto que tiene mucho que ver con lo sucedido- era su afición por el cine. Me contó que dicha afición venía de familia, pues su padre se ganaba la vida pasando películas al aire libre por los principales pueblos de la provincia, y uno de sus abuelos había regentado, aunque sin éxito, el primer cinematógrafo de la ciudad. Comprenderá que el joven Pisani viera abiertas las puertas del cielo cuando a los dieciocho años le ofrecieron el trabajo de acomodador del viejo cine Alvarado, usted recordará, en el barrio de Los Palmitos, hoy, desgraciadamente y como tantos otros de la época, derruido y convertido en edificio de oficinas y apartamentos. Bien, pero volviendo al joven Pisani y aquella época en la que en el cine Alvarado se pasaban sesiones continuas todas las semanas, de tres de la tarde a doce de la noche, en absoluto le importaba a nuestro protagonista el que el sueldo fuera exiguo, por no decir de miseria, y que las promesas de su acrecentamiento con las propinas en aquellos tiempos en que Los Palmitos era un barrio humilde, fueran hojas al viento. El era feliz asistiendo al cine sin pagar un chavo, y si además podía ver la misma película una y otra vez todos los días de la semana, su felicidad quedaba colmada. Disfrutaba con cada película, con cada escena que no por repetida menoscababa su interés; muy al contrario, el conocimiento anticipado de lo que iba a ocurrir en una próxima secuencia le producía, según sus propias palabras, un sentimiento de poder sobre las vidas y los personajes de la pantalla que debía ser próximo al que sintiera Dios con las criaturas de su creación. Era capaz de recitarme durante horas secuencias enteras de películas repitiendo diálogos, gestos y posturas sin la menor palabra de duda o gesto de vacilación, llamando a los personajes por sus nombres propios como amigos o enemigos de toda la vida y afrontando situaciones como si realmente hubieran ocurrido en su propia existencia.

A estas alturas del relato, quisiera adelantarme en corregir una posible y lógica conclusión por su parte. No, no asistía yo a las largas sesiones con Roberto Pisani en la actitud de médico martirizado por una prolija relación de sucesos inocuos y aburridos necesarios sin embargo en aras de la salud mental del paciente; lejos de ello, aquellas sesiones tenían para mí un interés que trascendiendo lo profesional me atrevería a calificar de encantadoras. Pues le confieso, mi querido amigo, que siendo yo hasta aquella fecha poco aficionado al arte del celuloide, me convertí desde entonces en buscador impenitente de las películas relatadas por Pisani, debiendo añadir que, para mi decepción, muchas de ellas carecían de la gracia y frescura que mi interlocutor producía con su relato.

Antes de entrar en la parte principal de esta relación, creo necesario advertirle que cuando se produjeron las sesiones con Pisani que antes he relatado, yo ya tenía conocimiento del suceso principal, aquel que fue la causa por la que yo lo tratara como paciente y que usted va a conocer a

partir de ahora. Estimo necesaria dicha advertencia pues, inconscientemente y de la relación anterior, pudiera pretender llevarle a usted a conclusiones que sean las mías propias. En fin, sin más rodeos, ahí va lo principal de lo sucedido.

Aquel día era un lunes de estreno, y nuestro amigo Pisani, aún con la excitación de la secuencia final del primer pase, acomodaba a los espectadores rezagados de la segunda sesión.

He hecho aquí un inciso y he pasado más de una hora rebuscando cajones y estanterías de mi estudio tras la pista de un pasquín que en algún lugar guardé de aquella película, tiene usted que recordarlos, aquellos pasquines tamaño cuartilla que reproducían los de tamaño mural con los que anunciaban la película y en los que solían aparecer los rostros de los principales protagonistas, sus nombres y el título del film en letras grandes y llamativas. Pero ya le dije anteriormente, soy un desastre, no sólo soy incapaz de guardar las cosas con un mínimo orden, sino que para nombres de películas y actores la confusión que soy capaz de producir es absoluta. Valga de momento que la película en cuestión era de las clásicas del blanco y negro y trama bastante simple: después de unos pocos años de matrimonio, una mujer joven se ve defraudada por un marido, que lejos de ser el chico simpático y apuesto que siempre imaginó, ha resultado ser un hombre mujeriego y egoísta, borracho y violento. Toda la ilusión de un hogar dulce y apacible se ha venido abajo: su casa es un infierno, un lugar de tensión y desasosiego donde el marido organiza fiestas con amigos y amigas de su dispada soltería y donde, sobre todo cuando bebe, se convierte en un ser violento y brutal del que ella tiene que huir como un animal acorralado. Ella sin embargo encuentra un refugio, un pequeño bar cerca de su casa, acogedor y tranquilo. Entre las penumbras de un rincón con mesitas, ella pasa una hora cada tarde ante una taza de té y unas tostadas, gozando de una pequeña tregua durante la que rememora con nostalgia su juventud perdida. En el bar, generalmente vacío, hay un joven camarero que, como puede usted imaginarse, es el protagonista de la historia. Pero no voy a adelantarle más sobre la película, pues es necesario que para una clara comprensión de los acontecimientos, aquella avance al mismo ritmo que lo sucedido con Pisani, a quien habíamos dejado, usted recordará, acomodando a los últimos espectadores rezagados para la segunda sesión de aquel lunes de estreno.

Pisani acaba de acomodar a uno de esos molestos espectadores obeso y maniático que en el último momento siempre decide cambiar de asiento y que para colmo no le ha dado propina. En la pantalla aparecen las escenas de una boda, una feliz pareja que sale de la iglesia entre un revoloteo de campanas y una tupida lluvia de risas y arroz. Él no quiere perderse la próxima escena del beso de la pareja antes de meterse en el coche y por eso vuelve a grandes zancadas hacia una puerta lateral donde una silueta aguarda para su acomodo. Toma la entrada que le tiende una enguantada mano femenina y al levantar la cabeza se siente impactado por un rostro de mujer en la penumbra. Se ha olvidado de la escena del beso, de la película y casi casi de que él es el acomodador y debe dirigir al espectador a su sitio, pues, por unos instantes, se ha quedado paralizado, mirando aquella figura que parece aguardarle señalando con su mano hacia un asiento muy próximo, en la penúltima fila, aislado, solitario. Reacciona, farfulla una disculpa y dirige el haz

de luz hacia el lugar preciso donde un cuerpo menudo pero hermoso toma asiento dejando tras de sí un agradable perfume de mujer en el que el joven Pisani se pierde si cabe mas aún, rechaza casi teatralmente una propina que aquella hermosa mano le ha tendido, y vuelve tropezando con los asientos hacia el pasillo trasero, apenas dos filas de asiento de donde aquella mujer se ha sentado. Allí permanece, sus ojos reflejando como espejos los claroscuros del drama que está ocurriendo en la pantalla pero que por vez primera en su vida él no ve, la mente y el rabillo del ojo atentos a aquella silueta que permanece sentada y solitaria, apenas un escorzo del perfil de su rostro en cambiante luminosidad. No sabe el tiempo que ha transcurrido cuando observa que la mujer se levanta repentinamente de su asiento y se dispone a abandonar el cine, ahora que recuerda, el instante coincidió con el momento en que la protagonista del film abandonó el pequeño bar después de la primera visita de la misma manera repentina.

Roberto Pisani pasa el resto de aquella tarde sumido en la confusión. Desde luego que se ha enamorado de mujeres, casi podría asegurar que de todas y cada una de las protagonistas de las películas que ve cada semana, a las que guarda la misma fidelidad que el protagonista del film en la situación concreta. El es cada uno de ellos, a ellas conserva en múltiples compartimentos de su memoria como hermosas cajitas con su especial perfume. Pero qué puede existir fuera del cine, de las películas: pasillos umbríos, asientos que ni sienten ni padecen, siluetas estáticas donde se reflejan los claroscuros de la auténtica existencia.

Para aumentar la confusión de Pisani - y espero que la suya, mi sufrido amigo, si ha tenido la paciencia de seguirme hasta aquí -, al día siguiente y tal vez a la misma hora, la situación se repitió casi calcada: aparece la silueta de la mujer en la puerta lateral, repite él las mismas torpezas que cuando la acomodó la tarde anterior, y permaneció con el corazón en un puño dos filas de asientos más atrás aguardando el instante en que ella se levante repentinamente del asiento y abandone el local. Pero en esta ocasión, Pisani la aborda impulsivamente cuando ella ya emboca la puerta lateral.

-¿Le ocurre algo, señorita? ¿Puedo hacer algo por usted?

A lo que ella responde:

-Nada, no me ocurre nada. Es usted muy amable.

Y entonces Pisani hace el descubrimiento trascendental, pues sus palabras son como un eco de las que acaban de resonar en la pantalla, las que el camarero acaba de decir a la protagonista cuando ésta se dispone a abandonar el pequeño bar en su segunda visita, las que ella ha respondido cuando lo abandona con los ojos cuajados de lágrimas. Y la silueta que está viendo alejarse de espaldas por la calle sesenta y siete abajo es la misma que la de la misteriosa mujer que ahora deberá estar embocando el Paseo Juan Negrín a la salida del cine. ¡Ahora lo comprende todo, el impacto causado por la mujer el día anterior, la misma silueta que la protagonista, el mismo moldeado del pelo, el color de los guantes, el mismo perfil dulce y suave atenuado por la penumbra

del cine! ¡Todo lo que hasta entonces era oscuridad y confusión se convertía ahora en luz e inteligencia, excitación y alegría irrefrenable! Imagínese, mi amigo, Roberto Pisani estaba convencido de que, por un extraño mecanismo cuya comprensión no le importaba lo más mínimo, había accedido a un estado tal que su existencia y la de la pantalla habían llegado a una compenetración perfecta. Por supuesto que había vivido y vivía intensamente las secuencias de las películas vistas hasta la fecha, había amado, gozado, llorado, sufrido con cada situación y protagonista; pero ahora era distinto, pues se prometía mucho más. Ahora podría sentir el olor de los perfumes y la piel, el roce de los dedos, el fuego antes sólo imaginado de los besos.

A su agudeza e imaginación, sin duda superiores a la mía, dejo que deduzca los estados y pensamientos que dominaron la mente de Roberto Pisani a partir de aquellos momentos; pero, al menos, espero coincidir con usted en que lo que sin duda hizo Pisani fue asistir a aquella película con un interés muy superior al que hasta entonces había puesto. ¡Dios mío, qué suerte de privilegio o éxtasis aterrador ver desplegarse ante usted, como en una película, su propio futuro! Ya no tenía la menor duda en que él era aquel solícito y joven camarero del pequeño bar de la calle sesenta y siete, que ella iba a volver como acababa de ver hace unos momentos con las señas inequívocas de haber recibido un golpe en la mejilla del marido ebrio la noche anterior, que él, en silencio, dejaba ante ella el té y las tostadas y luego, sin poder refrenarse, había hecho una broma, un chiste malo que sin embargo tuvo la virtud de hacer aparecer en su cara triste y dolorida una débil sonrisa. Animado, él continuaría con comentarios intrascendentes sobre el tiempo o la vida en esta insufrible ciudad, los clientes que acudían al bar y los pros y contras de esta profesión al servicio de los otros. Por unos momentos ha conseguido que ella se muestre interesada, que le mire y sonría, que incluso llegue a hacer algunos comentarios que a él le suenan música celestial. Pero después llegaba el temible momento en que ella mira alternativamente por la ventana que tiene a sus espaldas y la esfera de su reloj de pulsera, y con un rápido adiós deja a nuestro protagonista sumido en profunda congoja.

Roberto Pisani pasó la noche del miércoles sin dormir, sus ojos desvelados fijos en el techo de una humilde habitación que su mente transforma en una pantalla donde pasan una y otra vez las imágenes de la secuencia de lo que va a ocurrir al día siguiente.

El nunca dudó que ella aparecería de nuevo la tarde siguiente - como quizá usted, y yo en su caso, hubiera dudado -, allí estaba, aguardando en la puerta lateral, sentándose como hacía la protagonista en el bar de la calle sesenta y siete. Luego de los mismos actos repetidos de los días anteriores, se produjo el momento que Pisani ya sabía porque lo había visto en la película: el marido se presentaba, allí aparecía, también en la puerta lateral, aquel hombre de aspecto fanfarrón y brutal, con un amplio gabán con el que parecía embozarse, y que con rapidez se dirigió hacia donde ella estaba y sin mediar palabra soltaba la terrible bofetada, la agarraba violentamente de un brazo y pretendía arrastrarla fuera del local. Era el momento de nuestro héroe: aparece impetuosamente y propina el mismo puñetazo que el camarero al marido despótico haciéndole caer violentamente no sobre las sillas del bar a las que hacía añicos, sino en este caso, sobre las filas de asientos de butaca que resonaron con un escándalo de mil demonios. Ella huye, el marido, apenas repuesto del duro

golpe y la caída, se levanta profiriendo insultos y amenazas de denuncia y abandona el local dando tumbos. Aquella tarde noche, Roberto Pisani, ante el gerente del cine Alvarado y dos policías locales que se habían apersonado, afronta la amenaza de denuncia con la misma arrogancia e impavidez que el camarero de aquel pequeño bar de la calle sesenta y siete ante dos representantes de la policía metropolitana de Nueva York.

Durante los tres días que siguieron no sabemos nada de la existencia de Pisani. En el cine alegaría más tarde una dudosa enfermedad difícil de comprobar. Vamos, no se haga de rogar y dígame qué ocurría en la película, espero que usted haya proferido incluso con impaciencia. Pues bien, allá va. La chica vuelve para darle las gracias, y es cuando se produce la escena más tierna y hermosa. El enjuga con su pañuelo una lágrima que baja incontenible por su mejilla y a partir de entonces la escena del verdadero amor comienza: él la abraza, se besan, al principio sintiendo culpabilidad, luego apasionadamente; él decide cerrar el bar y huir con ella fuera de la ciudad, unos días, al campo, alejándose de la tragedia, del dolor, de los años duros del desengaño, a la búsqueda de la ilusión del amor perdida. Lo que harán después no debe ser obstáculo; ahora, sólo amarse, sin pensar nada más que en el momento maravilloso que les envuelve como las noches hermosas entre bosques frondosos y hermosísimos cielos estrellados. Pero llega el momento en que tienen que afrontar la realidad: volver y encarar con valentía la situación: ella debe pedir el divorcio, hablar con el marido, cara a cara, citarle, por qué no en el bar, no tiene nada que temer, él estará presente; le dirá que ya no le ama, que nunca le quiso porque en realidad nunca se conocieron, quizá él comprenda, quizá también desee quedar libre de una situación insostenible.

El domingo vuelve Roberto Pisani al cine Alvarado dispuesto a vivir las secuencias finales del drama. Aún conociendo su fe inquebrantable en lo que iba a ocurrir, no he dejado de preguntarme con qué ánimo afrontó aquella difícil escena, pues al fin y al cabo se ponía en juego su propia vida. No he sabido dar una respuesta, quizás porque haya varias posibles y en tales casos es mejor dejar la solución a personas como usted, mi estimado amigo, la novela como la mejor respuesta a los entresijos del alma humana. Pero no más rodeos, prepárese para la conclusión de esta historia.

Pisani ha llevado a la mujer hasta su butaca, ella aguarda ostensiblemente nerviosa ante el té y las tostadas como las tantas tardes anteriores; desde las penumbras del pasillo central, él le sonrío. De pronto se presenta el marido, que parece más grande y más brutal, se sienta a su lado y por unos instantes ella le habla: “No podemos seguir en esta situación”, le dice en la película en un mar de lágrimas, él comienza a alterarse y parece que se pone violento, acude Pisani y se produce un barullo entre los tres: el camarero, la esposa ultrajada y el marido violento; éste saca una pistola de su chaqueta y forcejea con Pisani, suena un disparo, hay unos instantes de indecisión y lentamente el marido cae muerto en el patio de butacas.

-Pero aquello no era lo que estaba en la película, señor Busquets - me dijo inconsolable aquel día Roberto Pisani, refiriéndose al hecho de que luego de caer muerto el marido, en lugar del

abrazo de la protagonista arrasada en lágrimas que eran a un tiempo de alivio y dolor mientras a lo lejos se escuchan las sirenas de un coche de la policía, lo que ocurrió fue que la misteriosa espectadora prorrumpió en un desaforado grito:

-¡Ha matado a mi marido! - señalando al desconcertado Pisani que sostenía el humeante revólver en la mano. Después, la citada señora se desmayó.

Roberto Pisani fue detenido inmediatamente, acusado de haber dado muerte a un simple espectador que había acudido con su esposa al cine. La desconsolada esposa, una vez recuperada del soponcio, confirmó que nunca había visto antes a Roberto Pisani y que aquella tarde su marido y ella habían acordado ir al cine, a donde él había acudido con retraso a causa de un asunto imprevisto. En contra de Pisani existía además una denuncia por escándalo público realizada aquella misma semana por una pareja de novios agredidos, según lo notificado, por el enajenado acomodador. Además y como prueba concluyente, el revólver sólo tenía las huellas de Pisani.

Cuando no se ven claros los motivos de un acto de estas características, de inmediato se concluye que ha tenido que ser obra de un loco, y aquí actuamos nosotros. Pisani fue recluido bajo vigilancia en el Sanatorio Psiquiátrico donde un - me atrevo a calificar - poco avisado colega, luego de una somera entrevista, concluye que está como una cabra y le somete a un terrible y anticuado tratamiento del que el pobre Pisani aún se recupera.

Usted, tan lejos, quizás nunca se enteró del caso; pero en una provincia como ésta, deficitaria en tantísimas cosas entre las que se incluyen noticias de importancia, aquello adquirió caracteres de primera plana. Como puede suponer, yo me enteré por el periódico y, aunque me costó lo que ni puede usted imaginarse -también en las provincias las susceptibilidades entre colegas alcanza el grado de cruzada -, al fin conseguí entrevistarme con Roberto Pisani durante varias semanas.

De aquellas entrevistas saqué el pormenorizado retrato de los hechos según el relato de Pisani, amén de una enorme serie de datos sobre la personalidad del paciente que omito ya que, por su carácter técnico, no serviría más que para aburrirle y quizá acabar por dar al traste con la semilla de interés por el caso que quizá haya conseguido inculcarle. Sólo añadiré que después de aquellas entrevistas con Roberto Pisani, también quedó en mi interior una extraña inquietud indefinible que, aunque en parte di salida en meses sucesivos, es hoy, con el cumplimiento de esta carta, cuando alcanzo total satisfacción y tranquilidad de espíritu.

Verá usted, en primer lugar, no me podía quedar a gusto con aquel dictamen sin duda coloquial de mi colega del Psiquiátrico calificando a Pisani - salió textualmente en el periódico - de "estar como una cabra". Pues aunque es bien cierto que nuestro amigo es un enajenado del cine y las películas y eso tiene un nombre técnico y científico, también lo es el que hay una gran cantidad de variantes y grados. El de Roberto Pisani es único por lo que yo conozco. El está convencido de

que vive las películas, y yo cada vez estoy más convencido de que realmente así lo hizo. Aguarde a la conclusión, le pido un poco más de paciencia.

En segundo lugar, quizás a usted le habrá sorprendido la ligereza con que se actuó policialmente en la resolución del caso. Tampoco es sorprendente, tenga en cuenta de nuevo que esto no deja de ser una provincia y que Roberto Pisani no era más que un humilde acomodador solitario. Pero a mí no me dejaba satisfecho, claro, y por mi cuenta y riesgo pasé una buena cantidad de tiempo haciendo averiguaciones. Primero me fui al lugar de los hechos, el cine Alvarado, y tuve una entrevista con la taquillera, la misma que estuvo toda aquella semana. Me dijo que durante aquella semana no hubo ninguna mujer que comprara entradas varios días seguidos para la misma película, cosa que a ella no le hubiera pasado desapercibida, entre otras cosas, dijo, porque era una hora en que los espectadores eran contados, a lo sumo veinte, veinticinco. Sí recordaba sin embargo a la mujer que el día de autos compró dos entradas y preguntó si podía dejar al portero la entrada de su marido que llegaría un poco más tarde. También hablé con el gerente, un individuo regordete y calvo, que amén de darme una auténtica lección magistral sobre la personalidad escondida de los individuos, confirmó que una pareja de la policía local había venido aquel martes como consecuencia de un aviso - tome buena nota, aviso que no denuncia - de una pareja de novios que se quejó de haber sido agredida por Pisani. No pude averiguar nada más sobre esa pareja de novios, pues en la comisaría de la zona sólo consta como aviso de incidente. En los días siguientes me fui a la casa donde vivía Pisani. Es un pequeño piso de no más de cincuenta metros cuadrados, viejo y descuidado, en un edificio donde hay otros tres de las mismas características: en uno, vivía una familia muy jaleosa que además de endosarme un terrible plato de espaguetis que me costaron una indigestión, a punto estuvieron de hacerme olvidar el motivo de mi visita en las prisas por salir de allí; no, no recordaban nada de aquellos cuatro días, del jueves al sábado, sobre la presencia o no de Pisani en el piso de abajo. En otro piso vivía una mujer muy mayor, solitaria, desconfiada y lo que era peor, sorda, inútil preguntarle; pero en el piso inferior vivía la patrona, propietaria del piso que tenía alquilado Pisani. “Claro que no estuvo aquellos cuatro días, fíjese, aún las tengo aquí - me dijo casi empujándome hacia un cuarto que hacía de despensa para mostrarme cuatro botellas de leche polvorizadas -, que no puedan decir que yo no soy honrada - decía la señora, yo aún sin comprender-, para que luego se quejen que si les subo o no el alquiler, lo mínimo, usted comprenderá, lo del coste de la vida, que en honradez no hay quien me gane, ahí ve usted las cuatro botellas de leche, yo le compraba la leche todos los días y él, cuando llegaba por la noche, las recogía. Ahí están, tal cual: no, no estuvo aquellos cuatro días”.

¿Dónde estuvo Pisani aquellos cuatro días? No he conseguido averiguarlo. ¿Y no se le ocurrió preguntarle?, me dirá usted. Desde luego que lo hice, en varias ocasiones. Su respuesta es aplastante:

-¿No vio usted la película, señor Busquets? - y yo he de bajar los ojos temeroso de perder una confianza que ya hace algunos días había logrado alcanzar de mi paciente.

Por descontado que el paso siguiente lo encaminé hacia la protagonista de esta historia, la actriz de la película para Pisani, la víctima y desgraciada viuda según la versión oficial. Para ello eché mano de un buen amigo, comprenderá que podía verme involucrado en un escándalo que al margen de dar al traste con la investigación que llevaba a efecto, hubiera dado pábulo a un sabroso culebrón provinciano.

En fin, averigüé dónde vivía actualmente la susodicha, que dicho sea de paso, gozaba, gracias a los negocios inmobiliarios de su difunto marido, de una envidiable situación económica. Y, anótelo, mi amigo, la viuda en cuestión había dejado de serlo, ya que se había casado de nuevo, a menos de un año del luctuoso suceso, ¿no le parece extraño? Por qué habría de parecérmelo, dirá usted, la gente se recupera de las mayores desgracias y sigue viviendo, usted que es buen psiquiatra debería saberlo mejor que nadie. Bien, de acuerdo, pero aguarde un poco.

Tuve ocasión de ver a la citada señora, la seguí un día a la salida de su casa. Es de tipo mediano, más bien vulgar y tirando a gordita, y si algo pudiera encajar en la fisonomía de la actriz de la película es en la estatura. También vi al nuevo marido, un individuo enclenque, con fino bigotito y bien vestido, con un ostentoso maletín desde el que parecía regentar ahora los negocios de la víctima. ¿No ve?, dirá usted, nada, nada de nada. Sin embargo, yo creo que de todo lo anterior, y le pido disculpas por mi pedantería, pudieran concluirse algunas interpretaciones que voy a aventurar con su permiso.

Primera interpretación, que coincide con la versión oficial y comúnmente aceptada: Roberto Pisani, influido por su afición al cine, fue víctima de un proceso de enajenación bastante complicado que le llevaba a identificarse con los personajes y el mundo de las películas de manera tal que acabó por llevarlo a situaciones como las ocurridas en la semana de los sucesos. Se ha enamorado de la actriz de la película que se pasa esa semana, tan imbuido está de ella que la ve en la primera espectadora que aparece esa tarde en el cine. Al día siguiente, vuelve a verla, ahora en cualquier espectadora, en particular en una pareja de novios que quizá ha iniciado una discusión y él interpreta como la secuencia que más arriba hemos relatado, interviene actuando como el protagonista y provoca el escándalo por el que interviene la policía. Está de baja por enfermedad (en realidad está realmente enfermo, aunque no sabemos dónde está esos días) y reaparece el domingo con el trágico resultado a que le lleva su galopante paranoia.

Segunda interpretación: Roberto Pisani es víctima inocente de un complot criminal planeado por una mujer y su amante para asesinar al marido. Impresionante, ¿no?; pero puedo dar una explicación. Ambos, mujer y amante, tienen conocimiento de la ardorosa pasión de Pisani por las películas. No hay más que ir un día al cine y ver cómo el acomodador vive cada escena, hasta el punto que se le ve llorar, reír, olvidarse de acomodar a los espectadores durante las sesiones. Han visto la película con anterioridad y encaja perfectamente en sus planes. Ella se disfraza y caracteriza lo mejor posible como la actriz del film - previamente, con la intención de que la acomodadora no pueda reconocerla con posterioridad, con cualquier disculpa ha pedido a alguien que adquiriera una entrada, o tal vez ha sido el amante quien ha hecho esta parte del trabajo -, Pisani se siente

impactado pues está viendo en carne y hueso a la actriz de la pantalla. En el momento justo, la mujer abandona el cine buscando el mayor paralelismo posible con la situación del film. Pisani aún no sabe qué pasa, lo que ocurre al día siguiente, pues la mujer, esperando de nuevo el momento oportuno, comprueba por las palabras de Pisani y su propia interpretación que éste ha picado el anzuelo. Al día siguiente confirman el plan, desarrollando con intervención del amante la secuencia en que el marido acude violentamente al bar - recuerde que en la versión de Roberto Pisani el marido acudía envuelto en un amplio gabán en el que parecía embozarse -y consiguen la intervención esperada de Pisani. Acuden a la policía -¿de nuevo caracterizados? - y aunque no hacen denuncia - no les conviene el papeleo -, consiguen que ésta se interese por lo sucedido y quede constancia de la actuación del acomodador. ¿Qué ocurren los cuatro días siguientes? ¿Tiene ella la desfachatez de acudir a primera hora al cine y conseguir llevarse a Pisani a algún lugar campestre donde le hace vivir de la forma más parecida posible las situaciones de la película? Es muy posible, aunque desgraciadamente no he podido confirmar, después de varias visitas a balnearios y lugares de campo próximos a la ciudad, la estancia durante esos cuatro días de una pareja de las características de Pisani y la interfecta. Y preparémonos para la conclusión. Ha llegado el domingo, la mujer logra que su marido la invite al cine y con cualquier disculpa consigue que éste se retrase. Esta vez no va caracterizada, mejor dicho, sólo le basta el perfume y los guantes para que Pisani la reconozca como su heroína. Llega el marido y ella, de buenas a primeras, le confiesa que tiene un amante; el marido se altera, como estaba previsto, Roberto Pisani lo toma por la situación de la película en la que el marido reacciona violentamente, acude y hay un barullo entre los tres, momento que aprovecha la mujer para escurrir en la mano de Pisani el revólver asesino - recuerde que lleva guantes. Se produce el forcejeo y suena el disparo con las consecuencias que ya sabemos, la mujer grita desahogada y se desmaya (previamente se ha guardado los guantes). Perfecto, ¿no?

Estoy viendo su sonrisa y la frase que está pensando al llegar a este punto: "Compadre, con esa imaginación, no podría yo hacerle la competencia como novelista". Le disculpo, también yo consideré esta versión como terriblemente imaginativa. Hasta un día, que di con otro detalle que me sacó de toda duda. Me dio por averiguar qué película estrenaron en el cine Alvarado el lunes siguiente al domingo del suceso. Creo que se llama *El Retrato* y que el actor principal es Edward G. Robinson - de este nombre no me olvido, siempre me gustó mucho. Busqué la película y fui a verla en otro cine de sesión continua de otro barrio marginal. La trama consiste en un inocente individuo (Edward G. Robinson) quien inopinadamente cae en la trampa que una mujer y su amante tienden para asesinar al marido.

Desde luego que nada más descubrirlo me apresuré a notificarlo a Roberto Pisani. Ojalá hubiera usted visto la distensión de sus facciones, el brillo en sus ojos y la alegría incontenible en su cara. Ahora podía comprenderlo todo: el cine como única explicación. El pobre Pisani había llegado a creer que se estaba volviendo loco.

¡Ah!, para acabar creo que debería decirle que en el final de la película citada, Edward G. Robinson despierta repentinamente y se da cuenta de que todo ha sido un sueño. No sé qué ocurrirá cuando Roberto Pisani despierte. Hasta que eso suceda, se me ocurre que, con su labor en esta trama, usted sea la respuesta a esta última parte del enigma.

(Del libro de relatos “El asesino de Adelfas y otros crímenes de provincia”. Ed. Libertarias Prodhufi, 1995).